

Decursosos

Revista de Ciencias Sociales

Año VII Número 14
Diciembre del 2005

Entrevista

Alberto Villalpando

Homenaje

Blanca Wiethüchter

La negociación como dispositivo para reducir
relaciones de dominación. Aspectos conceptuales
y metodológicos

Carlos Crespo Flores

La izquierda campesina e indígena en Bolivia.
El Movimiento Al Socialismo (MAS)

Fernando Mayorga

Diario de un mexicano en Bolivia

Carlos Virgen

Memoria colectiva e identidad cultural.

Lectura de Si me permiten hablar...
de Domitila Chungara y Por la patria
de Diamela Eltit

Elena Ferrufino-Coqueugniot

El significado de la insignificancia de la hierba.
150 años de Hojas de hierba

Benjamín Santiesteban

Reseñas bibliográficas

Diario de un Mexicano en Bolivia

Carlos Virgen

Uno necesita vestirse con ropa de diseñador y manejar un auto importado para no darse cuenta del otro lado de la moneda. Esto es, la gente que va a salir a votar por Evo Morales el 18 de Diciembre no va a votar ni por él, ni por el MAS sino por dos ideas: la idea de sacar a los partidos "sistémicos" del poder ejecutivo y la idea de tener a un primer presidente indígena...

19 de julio del 2005. Siete de la mañana. He llegado a Bolivia con la idea de encontrar un país devastado por los bloqueos, las manifestaciones y los enfrentamientos violentos; con la idea, debo admitirlo, de un país al borde de una guerra civil. Después de todo, la historia que he leído en la prensa por internet es la de un país secuestrado por las manifestaciones sociales; agobiado por la disputa sobre el uso y destino de sus hidrocarburos, disputa que además podría derivar en la escisión de los departamentos con mayores reservas de gas natural, Santa Cruz y Tarija. Bienvenido a Bolivia, hermano.

La historia que he leído es la historia de un tal Evo Morales y de un tal Felipe Quispe, líderes al estilo Tupac Katari, con ideas sobre un movimiento indígena que busca ampliar la participación popular y culminar con la restauración del Kollasuyo o cualquiera que sea su versión en el siglo XXI; algo que le doy vueltas y me cuesta imaginar con mi cabeza de mexicano clase-mediero. ¿O será que en México todavía podemos refundar la Gran Tenochtitlán, pero la imaginación sólo nos da para hablar de la "ciudad de la esperanza"?

Antes de venir a Bolivia, las noticias publicadas por diarios ingleses, norteamericanos, mexicanos y boli-

vianos apuntaban en una sola dirección: Bolivia estaba al borde del colapso político y social. Y sin embargo, lejos de la turbulencia social me han recibido las aguas tranquilas del Titikaka, un lugar paradisíaco —como muchos otros en Bolivia— donde los turistas de todo el mundo siguen llegando a diario. ¡Qué desilusión! Yo quería entrevistar gente en medio de barricadas y dinamitazos y ahora me encuentro en la Isla el Sol, en un lugar que parece salido de *La Odisea* de Homero, y peor aún, compartiendo el desayuno con dos gringos, un croata y un norteamericano que no dejan de alabar las virtudes del libre mercado.

Bienvenido a la realidad. La Paz es una ciudad donde pulula la gente pidiendo limosna, donde el paisaje es una mezcla de cordillera real, edificios coloniales y enredo de cables colgantes; algo así como México en 1960. Camino por el prado, por la Plaza San Francisco, el mercado de las brujas y la Plaza Murillo, ese parque donde confluyen el Palacio Nacional, el Congreso y miles y miles de palomas hambrientas.

Puro folclor y tradición, pero nada interesante desde el punto de vista político. Lejos de los paros y las huelgas que tanto había imaginado y saboreado en mis noches de insomnio en Oxford, me encuentro con gente que sigue celebrando sus fiestas religiosas con desfiles y bailes multitudinarios como es el caso de la entrada universitaria en La Paz o la fiesta de Urkupiña en Cochabamba.

No hay barricadas, ni enfrentamientos, ni gases lacrimógenos. Más bien me encuentro con gente que se reúne a tomar chicha o chufly mientras juega cacho o disfruta de música folclórica en una peña. ¿Es acaso que la imagen de Bolivia ha sido deformada por el sensacionalismo de la prensa nacional e internacional?

Aún después de varias semanas de recorrer este enigmático y hermoso país latinoamericano no encuentro ninguna señal visible de que las dramáticas profecías

sobre colapsos sociales y políticos se hayan materializado. En los dos meses que llevo en Bolivia nunca, a primera vista, en las calles de La Paz, Cochabamba o Santa Cruz, he visto alguna señal de un conflicto mayúsculo. Más aún, mis contactos más cercanos con las manifestaciones sociales de este país sucedieron hace algunos días en Cochabamba. La primera fue cuando un grupo de estudiantes se encerró en una jaula por un día, en plena Plaza 14 de septiembre, para manifestarse a favor de los derechos de los animales. La otra fue cuando le hablé al alcalde para pedirle una entrevista y su secretaria me dijo que no se podía, que porque el señor estaba en huelga de hambre.

Pero la tranquilidad es sólo aparente. Las pláticas con políticos, líderes sociales y académicos de distintas tradiciones intelectuales me han revelado que Bolivia es una bomba de tiempo. En los últimos cinco meses, desde la renuncia de Carlos Mesa, Bolivia no ha sentido las turbulencias del huracán sino la calma engañosa que acompaña al ojo del mismo.

La violencia y los enfrentamientos están aquí, todos los días, a cada momento, en todas las calles, pero no es una violencia física sino una violencia discursiva; se trata de una violencia que subyace en la epidermis de la sociedad boliviana y que sale a flote y se materializa cuando algún evento evidencia las oposiciones materiales que acompañan a las oposiciones ideológicas. Es la manifestación y el choque entre distintas concepciones sobre la democracia, el Estado, el desarrollo y el mundo en general.

En un extremo se encuentran los defensores de la democracia moderna —entiéndase “moderna” como “representativa”—, los intelectuales conservadores que argumentan a favor del estado Boliviano como escenario para la resolución de los conflictos sociales y políticos, los que piensan en el desarrollo como un proceso sin me-

moria histórica y en algunos casos —no en todos—, los que privilegian al libre mercado como mecanismo de asignación de recursos económicos. Para estos ideólogos de las elites económicas y políticas la historia de Bolivia es una historia lineal que empieza con la fundación de la República en 1825 y se consolida con la Revolución de 1952. En esta visión, los procesos de democratización y de ajuste estructural son sólo un capítulo más en la construcción de instituciones que sirvan al proyecto modernizador del Estado y de la sociedad en general.

En el otro extremo se encuentran los que hablan de “el regreso de la Bolivia plebeya”,¹ los intelectuales orgánicos —al estilo Gramsci— que defienden la democracia participativa basada en valores que privilegian a la comunidad sobre el individuo, los que piensan que no hay desarrollo sin autonomía y que no hay autonomía sin memoria histórica; los que opinan que toda renovación implica procesos de destrucción y por lo tanto abogan por la reconfiguración del Estado boliviano para redistribuir el poder político y económico a favor de la mayoría —léase, a favor de los pueblos originarios.

En general se puede hablar de dos vertientes de la “Bolivia plebeya” que a ratos se entrelazan y se entrecruzan, pero que en el fondo no son las mismas. Por un lado, hay un movimiento político y social que tiene mayor presencia en el Altiplano boliviano y cuya visión histórica trasciende la fundación de la República y se remonta hasta los tiempos preincaicos. Es decir, para estos grupos la lucha no es por conseguir espacios políticos sino por recuperar lo que se perdió con la conquista española —al menos de acuerdo a su discurso. El cerco de Tupac Katari en 1781, la guerra del Chaco, la Revolución de 1952, el Ejército Guerrillero Tupaj Katari en los 90s y las llamadas “guerra del agua” y “guerra del gas” en el amanecer del

1 Ver por ejemplo, “El Regreso de la Bolivia Plebeya” y “Democratizaciones Plebeyas” de García, Álvaro y otros.

siglo XXI, son todos capítulos de la llamada “historia larga” de Bolivia: la historia de 500 años en espera del Pachakuti.²

Por otra parte, la “Bolivia plebeya” también se manifiesta en un movimiento social y político que lucha por una democracia participativa-comunitaria y una redistribución del poder político y económico, pero que difiere en los referentes históricos que alimentan su discurso de legitimación. Estos referentes datan de los 80s, es decir, desde el debilitamiento del movimiento sindicalista con el decreto 21060, el cierre de la COMIBOL y la implementación de las políticas de ajuste estructural en tiempos de Víctor Paz Estenssoro, hasta la política de “coca cero” en tiempos de “Tuto” Quiroga (ADN) y Gonzalo Sánchez de Lozada (MNR).

Por ejemplo, para esta vertiente de la “Bolivia plebeya” la “guerra del agua” en el año 2000 tiene un significado diferente. Es decir, no se considera como un capítulo en la historia larga de Bolivia —entiéndase la historia de las reivindicaciones “milenarias”— sino como el primer capítulo de la reanimación de fuerzas sociales que habían permanecido inertes por catorce años desde la marcha por la vida (1986); desde el momento en que el movimiento obrero-sindical, importante articulador del tejido social en tiempos del estado nacionalista, se vio derrotado y sin una propuesta alterna al liberalismo económico. Fueron catorce años desde que los mineros coincidieron en una consigna contra el Estado boliviano: ¡volveremos!³

2 Nombre con el que los aymaras y quechuas se refieren al cambio de orden cósmico que se espera suceda cada 500 años. El último fue precisamente con la legada de los españoles y la conquista del Imperio Inca.

3 Esta consigna tiene sin duda su dosis de romanticismo. Sin embargo, no es un hecho menor que muchos participantes en el movimiento social encabezado por la Coordinadora del Agua en el 2000 eran ex-mineros que en las últimas dos décadas habían migrado a Cochabamba desde Potosí y Oruro.

He platicado con representantes de distintos partidos políticos y movimientos sociales y he comprobado que la imagen que los medios han difundido en los últimos meses no es tan errónea. De alguna manera "Bolivia se nos muere", como dijera emblemáticamente Víctor Paz Estenssoro para justificar la aplicación de políticas de ajuste estructural en su legendario discurso de 1985.⁴ Pero esta vez, yo diría, los síntomas de la agonía van más allá de las variables macroeconómicas, de la falta de empleo o el crecimiento económico insuficiente. Ahora, los síntomas son más profundos y deben leerse en los supuestos ideológicos y en los discursos de legitimación que guían a las distintas fuerzas sociopolíticas en Bolivia. En pocas palabras, en la confrontación entre por lo menos dos órdenes simbólicos.

Mientras unos ejercen la violencia a través del discurso simplificador y hueco de la modernidad y el desarrollo; otros lo hacen a través de otro discurso, igualmente simplificador, que evoca la tradición y el comunitarismo. En ambos casos está ausente el entendimiento de "el otro" como interlocutor legítimo y al contrario, el otro, lo otro y lo diferente son borrados del mapa con supuestos de gran violencia discursiva.

No es raro leer a políticos e intelectuales de cierto prestigio y reconocimiento que descalifican abiertamente a los movimientos sociales que encabezaron la "guerra del agua" en el año 2000 o la "guerra del gas" en el año 2003 como acciones colectivas dislocadas cuando en realidad son movimientos sociales cuya organización es flexible, dispersa y amorfa, pero cuya contundencia a pesar de al Estado Boliviano en jaque. Estos mismos intelectuales son los que prefieren hablar de crisis de gobernabilidad y déficit en la gestión pública, en vez de crisis del

4 El 29 de Agosto de 1985, Paz Estenssoro pronunció un discurso que se recuerda por su gris diagnóstico de la situación en Bolivia y la promulgación del decreto 21060.

Estado y déficit de legitimidad de ese proyecto de Estado-nación llamado Bolivia. Hacerlo de otra manera, sería reconocer su propio fracaso.

Para ellos, la Revolución de 1952 fue exitosa porque propició las reformas agraria y educativa, la expropiación de grandes minas, el voto universal y sobre todo, porque "mestizó" al país o por lo menos, lo mestizó en el imaginario de las elites gobernantes. El multiculturalismo, consideran ellos, es impráctico; la democracia al estilo andino, no es democracia sino corporativismo; y el voto es más importante que la revolución. Y en todo caso, para los que hablan de redistribuir el poder político, la respuesta es que dicha redistribución ya se dio con los cambios normativos contenidos en las incontables reformas de los últimos veinte años. "¿Pues qué no han visto que los indígenas ya están representados en el Congreso?", me dijo un ex-ministro durante una entrevista en Cochabamba.

Pero esto es sólo un lado de la moneda. Del otro lado, no es raro encontrar a intelectuales de izquierda que hablan de los males de la globalización como si la relación de causalidad entre miseria y globalización fuera perfecta, como si no hubiera existido pobreza antes de 1985 y como si las elites bolivianas hubieran contribuido al colapso del precio internacional del estaño y al agotamiento de un modelo económico estatista. En esta visión, la palabra "ingobernabilidad" puede ser sinónimo de desorden y destrucción para la "oligarquía dominante", pero es sinónimo de renovación y oportunidad para las clases populares. En su concepción del mundo Bolivia ha llegado al punto de no retorno, al punto en el que la rebelión es la última salida, pero es una salida válida.

Y si bien es cierto que en los últimos veinte años la concepción del desarrollo de Bolivia se ha caracterizado por un déficit de memoria histórica y por una cierta idea de inevitabilidad de los procesos de mercado, los ideoló-

gos de la izquierda boliviana predicán sus ideas como si la globalización no fuera también un hecho histórico que debe tomarse en cuenta para darle rumbo a una nación, a la que sea, llámese nación aymara, quechua o boliviana.

Quizás como nunca desde la transición democrática en los 1980s, Bolivia carece de acuerdos sobre las reglas del juego, en gran parte porque también carece de acuerdos sobre una interpretación de la historia que fundamente un proyecto de Estado-nación.

Hoy visité Cala-Coto, una zona residencial y comercial que podría ser definida como la zona "nice" de La Paz. Algo así como Santa Fe en la Ciudad de México, pero mucho más chiquito. En mi recorrido me encontré con la vista surrealista de una ciudad que ha crecido entre las estalactitas y otras formas rocosas; una vista matizada con mansiones y autos de lujo por todos lados.

Más tarde fui a un boliche⁵ con un buen amigo boliviano que conocí en Oxford. La elite o más bien, los hijos de la elite estaban ahí reunidos para echarse unos tragos. Los Mercedes, BMWs y similares estaban por todos lados. Todos en el lugar, excepto yo por supuesto, llevaban ropa de marca -o de diseñador, para ser más exactos. Algunos ni se dignaron a saludarme; como si no supieran que México ya tiene un tratado de libre comercio con Estados Unidos, ignorantes. Por un momento dudé y pensé que mi visita a Bolivia había sido un sueño. ¿Dónde estaban los ponchos y las zampoñas?

Pero no, no era un sueño. Yo seguía en Bolivia, excepto que en ese lugar yo era el único que parecía recordar de la renuncia forzada de Carlos Mesa —el segundo presidente que cae en menos de dos años—, de la "guerra del agua", de la "guerra del gas", de las demandas de autonomía de Santa Cruz, entre otros capítulos de inestabilidad política. Claro, uno puede argumentar que en

5 En Bolivia se les llama "boliches" a lo que en México llamamos discos, centros nocturnos o más coloquialmente, 'antros'.

todas las ciudades del mundo hay un grupo social que ha alcanzado mayor sofisticación, que está más integrado a la economía globalizada y que tiene "más mundo", por decirlo de alguna manera; y que al final eso y que se vista con Armani y Ferragamo no dice nada sobre sus ideas políticas, su conciencia social o su preocupación por los problemas de un país como Bolivia.

Lo preocupante empezó cuando empezamos a hablar de política. Pude constatar que la clase alta en Bolivia está convencida de que Evo Morales no va a ganar las elecciones de Diciembre o que si las gana, no va a ser presidente —lo que sea que eso signifique. Por supuesto, se pueden encontrar argumentos para decir que Evo Morales no va a ganar. Sólo por mencionar tres de ellos: primero, el desempeño del MAS en la gestión pública a nivel municipal ha dejado mucho que desear en los últimos años y eso le puede costar electoralmente; segundo, su organización y estructura como partido político es prácticamente inexistente; y tercero, el mejor momento electoral del MAS ya pasó, como lo muestran los resultados de las elecciones municipales del 2004 en comparación con las de 1999.

Sin embargo, aunque estos argumentos son válidos, uno necesita vestirse con ropa de diseñador y manejar un auto importado para no darse cuenta de la otra cara de la moneda. Esto es, la gente que va a salir a votar por Evo Morales el 18 de Diciembre no va a votar ni por él, ni por el MAS sino por dos ideas: la idea de sacar a los partidos "sistémicos" de la presidencia y la idea de tener a un primer presidente indígena.

La idea de que no llegue ningún partido sistémico incluye por supuesto al principal contrincante de Evo Morales, Jorge Quiroga y su nuevo partido político, PODEMOS. Después de todo, "Tuto" Quiroga fue miembro del ADN y aunque se haya distanciado de la política durante el gobierno de Gonzalo Sánchez de Lo-

zada (2002-2003) lleva consigo una carga difícil de borrar: él era vicepresidente cuando estalló la "guerra del agua" en Cochabamba —a partir de la cual se hizo más patente el declive de los partidos políticos tradicionales— y él fue uno de los impulsores de la política de "coca cero" que tanto daño ha hecho a la economía Boliviana. Al final, uno de los principales responsables de que haya surgido una figura como Evo Morales es sin duda "Tuto" Quiroga.

Por otra parte, la idea de votar por el primer presidente indígena no debe tomarse a la ligera. Aunque no les guste a las elites conservadoras, el proceso de mestizaje tras la revolución de 1952 no fue tan exitoso como algunos argumentan y en realidad, en el día a día, Bolivia es un país mucho menos mestizo que otros países en América Latina.⁶ En este sentido, algunos políticos, intelectuales y medios de comunicación⁷ han sostenido que el bajo desempeño de los pueblos indígenas en las elecciones municipales del 2004 es una prueba palpable de que el "movimiento indigenista" aún no es viable electoralmente.

Sin embargo, esto es una visión miope de la realidad política boliviana. Para entender Bolivia es necesario bajarse del auto lujoso y ponerse un poncho para recorrer la ciudad de El Alto o hablar con líderes campesinos en Cochabamba. Si bien es cierto que en las elecciones municipales los pueblos indígenas sólo consiguieron 2% de la votación válida en el 2004, hay tres factores que deben tomarse en cuenta.

Primero, la ley que permitió a pueblos indígenas y

6 En este sentido es interesante revisar el debate sobre qué proporción de la población en Bolivia es indígena. Aunque el dato oficial del censo del 2001 es de 49%, hay algunos autores que manejan el 61%.

7 Ver por ejemplo, Carvajal, Hugo y Miguel Ángel Pérez, *¿Una Nueva Realidad Política? Evaluación de las Elecciones Municipales del 2004*.

agrupaciones ciudadanas nominar candidatos para cargos de elección popular sólo fue aprobada en febrero del 2004. Segundo, aún con esta premura de tiempo, las agrupaciones ciudadanas obtuvieron 28.8% de la votación y puede ser que en muchos casos, la división entre estas y los pueblos indígenas no sea tan clara.⁸ Y tercero, el resultado podría explicarse por la propia fuerza del MAS, partido que es producto directo del resurgimiento de lo que algunos llaman la "Bolivia plebeya" y que obtuvo 18.5% de los votos válidos convirtiéndose, por mucho, en la primera fuerza política del país.⁹

De esta manera, el resultado más relevante en el 2004 no fue la baja votación a favor de los pueblos indígenas o la baja marginal de los votos del MAS en comparación con 1999.¹⁰ Al contrario, el resultado más relevante fue el dramático declive de los partidos tradicionales, MNR (20.4% a 6.7%), MIR (16% a 7.1%) y ADN (14.6% a 2.5%), mismo que apunta en una sola dirección: el rechazo a los llamados partidos "sistémicos".

Un reconocido historiador aymara me invitó a dar una plática sobre movimientos sociales y la "guerra del gas" en la Universidad Pública de El Alto. Por supuesto, muchos se sorprendieron al saber que yo era un "experto" en movimientos sociales aunque nunca hubiese participado en uno. Irónica vida. Y claro, muchos otros me vieron intrigados cuando comencé a hablar de todos esos nombres desconocidos: Olson, Tilly, Tarrow, Snow, Gamson. Los cuestionamientos no se hicieron esperar: ¿Y dónde está Gramsci, Habermas y Adorno? ¿Y dónde están los pensadores indígenas?

8 Este sería el caso si, por ejemplo, la Federación de Juntas Vecinales de El Alto presentara algún candidato.

9 De hecho, el más cercano en porcentaje fue otro partido "antisistémico", el "Movimiento Sin Miedo" (MSM) con 8.7% de la votación.

10 Incluso esta baja (del 20.9% al 18.5%) podría explicarse con el 2% obtenido por los pueblos indígenas.

Al final, mi plática resultó de poca trascendencia y lo interesante comenzó cuando me invitaron a participar en una "actividad", según sus palabras, en agradecimiento a mi tiempo y disposición. Claro, como no, con mucho gusto. Total, ¿qué puede suceder? Pero no pasaron ni diez minutos cuando ya me encontraba usando un poncho y participando en un rito aymara dedicado a Pachamama, la Madre Tierra. Y más aún, como yo era el invitado de honor tuve que encargarme de sostener una manta blanca con la cruz del sur en color azul y de dirigir un discurso al final del rito. Aterrado, tuve que hacer uso de mis escasas facultades histriónicas para dirigir unas palabras y proclamar la hermandad entre dos naciones: la nación aymara y la nación mexicana. ¡Jallalla, hermanos!¹¹

Ahora sí, bienvenido a Bolivia. Me di cuenta que la consecución del rito tenía un significado que iba más allá de la preservación cultural de una tradición milenaria. Era la expresión de la cosmovisión andina, de un sistema social basado en la reciprocidad y no en el individualismo y sobre todo, se trataba de un acto auténticamente religioso. Un acto de fe, por qué no, tan válido como el bautizo, la primera comunión o ir a la Iglesia todos los domingos.

Sólo así, a través de una experiencia de investigación participativa pude constatar la importancia que tiene la identidad andina y sus distintas expresiones. Sin embargo, en Bolivia han existido pocos intentos por problematizar esta visión como condicionante del desarrollo y sí muchos intentos por borrarla del mapa como si se pudiera tapar el sol con un dedo. Un ejemplo es la ley de participación popular de 1997 y otro la ley de agua potable que se aprobó en 1999 con la finalidad de legitimar la participación de empresas privadas en la distribución y

11 La expresión "¡jallalla!" es cercana o quasi-equivalente a la expresión "¡viva!" en castellano.

abastecimiento de agua potable. Esta última fue un factor determinante para el estallido de la "guerra del agua" en el 2000.

De esta manera, no debe sorprendernos que la negación del indígena, de lo indígena y de la Bolivia plebeya en general sólo propicie la reafirmación y radicalización de identidades basadas en la noción de una lucha histórica en contra de una elite injusta y un Estado represivo. Se trata de un proceso casi automático de negación-reafirmación-negación-radicalización y es muy probable que los procesos sociales y políticos posteriores a las elecciones de Diciembre no sean diferentes.

Si Evo Morales triunfa, aunque no sea con la mayoría absoluta, pero los partidos tradicionales —y derivados— hacen alguna maniobra política para bloquear la presidencia del líder cocalero —es decir, niegan el peso social y político de la Bolivia plebeya—; es muy probable que estalle un conflicto social de proporciones mayúsculas. No hay duda que a diferencia del 2002, los sectores populares saldrán a tomar las calles para defender su voto. En muchos casos, lo defenderán con la vida.

Sin embargo, si Evo Morales triunfa y su triunfo *no* es bloqueado en el Congreso el líder cocalero —contra todas las tentaciones de perpetuar su mandato como el primer presidente indígena de Bolivia— deberá apegarse a la verdadera voluntad popular: ser tan sólo el gobierno de transición rumbo a la asamblea constituyente. De otra manera, correrá el riesgo de convertirse en una víctima más de conflictos derivados de oposiciones materiales entre distintos grupos —como la disputa sobre el destino de los hidrocarburos—; y/o de problemas estructurales que no se resolverán dentro de los parámetros del sistema político existente —como el balance entre democracia representativa y democracia participativa—, cuyas soluciones trascienden a un simple cambio de gobierno.

Octubre del 2005. Me voy de Bolivia con nostalgia. Dejo atrás a una sociedad que se está buscando a sí misma y no se ha podido encontrar; un país con altas probabilidades de tener un primer presidente indígena y con poca certeza sobre su futuro político.

Después de todo, si gana Evo Morales una gran incógnita es la reacción de la derecha en Bolivia. Y en este sentido, aunque es muy aventurado hacer pronósticos no debe perderse de vista los pequeños grupos armados que se han formado en Santa Cruz para defender las propiedades de grandes terratenientes, el envío —supuestamente temporal— de tropas estadounidenses a Paraguay, justo a 200 Km de la frontera boliviana, donde se encuentran los mayores yacimientos de gas natural; y sobre todo, lo que circula entre la clase alta: “que Evo puede ganar, pero no va a ser presidente”.

Al final del día, incluso con elecciones e incluso con Asamblea Constituyente, el problema fundamental seguirá ahí: la coexistencia, sin convivencia, de dos órdenes simbólicos y discursivos de carácter antagónico. Dos discursos sobre el desarrollo, el Estado y la política que se hacen más visibles cuando se trata de hablar de los temas fundamentales para Bolivia: el gas, las autonomías, la reforma agraria, etc.

Por lo pronto, dejo atrás amigos bolivianos que sin recelo me abrieron las puertas para que pudiera conocer su cultura y sus ideas; y amigos de otros países —muchos gringos para sorpresa mía—, que coincidieron conmigo en un gran proyecto, aún inconcluso: entender a un país que siempre ha inspirado fascinación a los estudiosos de la política y los movimientos sociales.

Se trata de un país que en esencia no es diferente a ningún otro —como muchos estudiosos han declarado al hablar de sus peculiaridades—, sino de un país donde los accidentes históricos y geográficos han hecho que ciertos procesos sociales y políticos sean más visibles y

más frecuentes. Pero nada más. Al final del día, la discusión sobre la funcionalidad de la democracia representativa está presente en todo el mundo. Sin irse tan lejos, sólo hace falta echarle un vistazo a Estados Unidos.

De igual manera, la discusión sobre el papel que debe jugar el mercado está también abierta y el que no me crea, que les pregunte a los franceses y a los alemanes. Y finalmente, los debates sobre la modernidad y la tradición como elementos constitutivos de dos proyectos distintos de desarrollo se pueden escuchar en los pasillos de las mejores universidades del mundo.